

Una vida literaria

Fernando Espejo

El *Quijote de la Mancha*, de Espasa Calpe, con ilustraciones de Doré, nueve cincuenta (arriba, con letra manuscrita, bien que me acuerdo: *ibs*); *La vuelta al mundo de un novelista*, de Vicente Blasco Ibáñez, tres tomos, tres pesos (arriba, *eps*); *Los tres mosqueteros* de Dumás, uno diez, (arriba *scs*) y así. Todavía tengo los ejemplares con el sellote cuadrado de La Literaria. Arriba del precio en cristiano, siempre la misteriosa clave que indicaba el costo y hasta cuánto podían rebajar en caso de una sorpresiva compra por volumen. Me tardé como cien libros en descubrir la intriga —solamente de chismoso—, hasta que, graduado de criptógrafo genial, encontré el significado de las letritas. *Erre 1; e 2; pe 3; u 4; be 5; ele 6...* y así hasta formar la sonora palabra *repúblicas*. Ni una sola letra repetida. Diez letras distintas y ¡claro! una sola España Verdadera. La república... cómo no haber caído en cuenta antes. ¡Qué bobo!... y más aún en tiempos de Franco y conociendo a los Massó. (Nosotros, a la vuelta de la esquina, en los bajos de El Ateneo, teníamos una perfumería.

La clave era *murciélago*. Una bobada igual, pero sin tendencias políticas.) Cualquier agente de CÍA más o menos listo nos hubiera descubierto. Pero eran las claves ocultas de un tipo de comercio que se deleitaba en la exquisitez del secreto. Como los ratones viejos.

Yo frecuenté La Literaria desde que adquirí razón y ahí, creo, me aficioné a averiguar cosas. De ahí obtuve —más información— lo que se llama formación literaria: la habilidad de sacar de debajo de las pilas de libros aquel que te latía. ¿Qué hay de nuevo, Curro? —Pepe, un españolito de barba cerrada y poca estatura que se sabía todo de todo— y aquél, lo mismo me sorrajaba a Somerset Maugham que a Sinclair Lewis —¿Se acuerdan de *Babbit*?— o a Jardiel Pocela: ¿*Pero hubo, alguna vez, once mil vírgenes*? O igual, yo le preguntaba por algún *best seller* muy sonado, y él me contestaba de muy malos humores: —Pero, ¿qué esho, coño?... ¡pura basura! llévate éste... y me enjaretaba a Unamuno o a Pío Baroja sin más trámites y con algunas lindezas más, de encima y

Fernando Espejo. Mérida, Yucatán 1929, México, Distrito Federal 2007. Poeta, cineasta y publicista yucateco.



de su peculio. La Literaria era *la librería*. —¿Cosas de Yucatán? —Vete ahí arriba... —a ver si encuentras algo porque no hay nada... y ahí estaba todo. Lo que se buscaba y alguna que otra sorpresa, además de otros locos como yo encaramados en las estanterías revolviéndolo todo, con la pena. Esos, los otros, los libros y yo, viejos conocidos: *La Enciclopedia Yucatanense*, *La hija del judío* y el maestro Concha Campos; *Memorias de un alférez*,

La cruz y la espada y don Chano Burgos; el *Calendario de Espinosa*, siempre puntual en sus fechas —¿Luna llena?, luna llena— y don Armando García Franchi con todo y sombrero... y las *Pichorradas*, deliciosísimas, y la imprescindible y jocunda *Reconstrucción de hechos* del viejo doctor Urzaiz, que dibujaba con las dos manos, pero eso sí —de haber sido esto cierto— según las malas lenguas, habría de escribir con los dos pies. Todo.

El Quijote, ilustración de Gustavo Doré.



La Enciclopedia aquella me costó cuartilla (*ubss c/t*, se lee en clave) cuando nueva, y cuando quise comprar otra, en librerías de viejo de por acá, tuve que pagar setecientos miles de pesos más, sin exagerar: Y no solo en Mérida. Un día en Veracruz —filmando un comercial— me llegó el cliente —un señor de la coca cola— con la feliz embajada de que en una librería llamada La Literaria, en el centro, había visto en el aparador algo de Yucatán y de un tal Diego López. Ahí me hice de mi *Historia* de Cogolludo, justo cuando otro comprador ya quería sacármela de las manos. Desde aquí la estoy viendo relampaguear, empastadita en un estante de mi biblioteca. Adentro, la misma clave, dice *Puss*.

Desde entonces, ir a La Literaria a comprar libros, para mí era como ir a la dulcería. A veces con solo entrar era suficiente. Con solo mirar. Uno se engatuzaba fácil. No es que diga que los libros tuvieran —entonces— sabor: amargos, agrios, salados, dulces... o fueran fríos o calientes... pero sí, que olían y hasta sonaban y lo siguen haciendo: *book* —en inglés— suena *buc* cuando se cierran —si son de pasta dura— igual que *libro* —en español— suena *libro* —si son de pasta suave— cuando se pasan las páginas con rapidez: *Libbrrrrr...* Eso, naturalmente si uno los compraba en La Literaria, de otra manera, pues no. Para nada.

Yo sacaba las cuentas de mis *gasta-*

das y me decía como la cucarachita: si compro dulces se me gasta; si voy al cine se me gasta, pero si compro un libro... Y como les digo, pues ahí los tengo, muchos de ellos, y todavía me queda mi real y medio. Cuando releo algo, ese ejemplar del *Quijote* que les digo, tan manoseado, por ejemplo... cuando reviso que dice que Don Alonso comía los sábados *duelos y quebrantos*, y descubro que era una simple fritada de los huevos con sesos, y me pongo a pensar en la Mancha y en el Pisto Manchego... pues voy y me acuerdo con mucho gusto —del café Express— y de aquellos tiempos de La Literaria.

No sé si me hice amigo de Ramón Massó por los libros o porque vivía en mi misma calle, la Pérez Ponce —los que no vivían por allí, eran chayotes— donde crecimos, jugamos a todo lo que se juega por esas estaturas, y nos hicimos alegres y señores. De chamacos, cuando él comenzó a hacerse cargo de La Literaria, seguía bromeando detrás del mostrador, pero no soltaba prenda. Bien imbuido de su sangre catalana: ¿Tres pesos?, tres pesos. Nada de por qué, óyeme Ramón, ni nada. Ahí se estaba firme en el oficio de hijo de españoles —que a la panadería y a la panadería— y no como uno, que se largó a la vida —a vivir del cuento— sin tomar en cuenta aquella perfumería como lo hizo él, que se tomó La Literaria por las hojas del rábano



y por los cuernos del toro. Digo de mi amistad con Ramón, y pareciera que digo que él y la Literaria se tuvieran la culpa de que yo me hubiera metido en estos andares. Viéndolo desde ciertos ángulos, es cierto, y no es que me guste levantar falsos. Imagínense una ciudad —por los años treinta y cuarenta— ¿qué serían? ¿ciento cincuenta mil habitantes? ¿sin una buena librería?

De ahí, vean si no, tengo todavía, toda —o casi toda— la Colección Austral. Los chorrocientos tomos que escribiera en su tocayo ilustre D. Ramón Menéndez Pidal sobre el español de España —¿habrá culpa o no habrá culpa?— y sus orígenes... los clásicos españoles y franceses, los filósofos griegos, los libros de aventuras —*Sandokan, El tigre de Malasia*—, el teatro —*La Celestina, La Gatomaquia*—, la picaresca, la colección de los libros de Editorial Molino con los detectives más audaces: Philo Vance, Doc Savage, Hércules Poirot... las novelas históricas —*La juventud del rey Enrique IV*, de Ponson du Terrail— y yo, lee que te lee, pues ¿cómo no?.. Y luego, va y se le hace a uno el vicio y se sigue de filo: ir hoy los sábados a Ghandi, al Fondo... a redrojar en las librerías, a ratonear —un libro de arte, un disco—, a acabar con cualquier asomo incipiente de cualquier tipo de depresión, igual que —entre tanto baboso— a podrirse uno agusanado de bibliofilia y bibliomanía, que

son feas, pero sobre todo, muy costosas enfermedades.

En La Literaria me piqué de estas viruelas. Luego, cada año se publicaba una plana entera en el *Diario*, con los aniversarios consecuentes y las fotos. El abuelo, el papá, Ramón. Noventa y pico de años.

Ya luego se volvió como más fría y abrió sucursales como farmacias, y el centro se volvió intransitable y yo me fui. Ir a la sucursal de la colonia Alemán sería para comprar una pluma, una libreta, unas hojas, un lápiz. Había perdido el olor aquel, el rimero de libros aquel, la bulla de los escandalosos dependientes: —Don Ramón ¿No vino el Curro?...

La Literaria cerró sus puertas hace apenas unos días. Es todo un tiempo que se cierra, ahora sí, como detrás de una de esas cajas fuertes de juguete. Pero ahí queda, bien guardado. A cada rato me topo —y me seguiré topando— con el sellote cuadrado, morado, y con la clave que un día se me volviera también un vicio. Nueve cincuenta, *ibs*.

Como en el teatro, entre cajas, entre claroscuros —e interrogantes nunca bien respondidos— se ha cerrado el telón. Igual, como en el teatro, uno se entristece de que la obra: Una vida Literaria, haya terminado, de tan buena e interesante que fue. Pero a uno, igual, con una cierta sonrisa y agradecido, no le ha quedado de otra más que aplaudir.